

LA NACIÓN
Santiago de Chile
Martes 5 de febrero de 2008

Por Sergio Muñoz Riveros

ANÁLISIS

“Salvador Allende, biografía sentimental”

Labarca escribió no sólo una biografía sentimental, sino con buenos sentimientos. Humaniza a Allende al contar lo que cuenta, aunque eso incomode a quienes preferirían conservar la imagen del luchador sin flaquezas.

Eduardo Labarca Goddard, abogado y escritor, publicó a fines del año pasado la más penetrante biografía de Salvador Allende escrita hasta hoy. Se trata de una obra que le demandó cinco años de trabajo, en los que, consciente de que iba a meterse en honduras, se preocupó de que cada dato estuviera debidamente respaldado, para lo cual entrevistó a decenas de personas.

Labarca se atrevió a incursionar en una faceta de la personalidad de Allende de la que se habló en sordina durante décadas: su condición de seductor compulsivo. Había no pocos antecedentes sobre sus amores fuera del matrimonio, pero eran coto vedado en términos públicos. Un pacto no escrito de los periodistas decía que la intimidad de los líderes políticos debía quedar fuera de las crónicas. Los historiadores también aceptaban tal criterio. Eso terminó con este libro.

Entrar en la vida amorosa de Allende era particularmente delicado, no sólo porque había mucho que contar y se podía herir la susceptibilidad de la familia y de otras personas, sino sobre todo porque fue muy dramática su muerte en La Moneda y cada día que pasa es más evidente que se va convirtiendo en leyenda. Y, como sabemos, las leyendas "no son de este mundo", del mismo modo que las estatuas no dan explicaciones. Pero omitir un rasgo tan esencial del carácter de Allende como su vocación de conquistador implicaría bloquear el conocimiento cabal del ser humano que él fue. Y siempre será provechoso tratar de ver a la persona que está detrás del personaje.

Existía el riesgo de que el intento de Labarca se interpretara como expresión de morbo. Al fin y al cabo, es natural la curiosidad por asomarse a la vida privada de los personajes. Pero el contexto del libro echa por tierra tal recelo.

Labarca conoció bien a Allende, dado que su padre fue amigo y colaborador suyo antes de que él llegara a la Presidencia. Es alguien por el que siente sincero afecto. Escribió no sólo una biografía sentimental, sino con buenos sentimientos. Humaniza al líder al contar

lo que cuenta, aunque eso incomode a quienes preferirían conservar la imagen del luchador sin flaquezas.

El libro muestra a Allende en todas las etapas de su vida y eso permite al lector ir construyendo un retrato complejo, lleno de matices, en el que van sobresaliendo los rasgos que más tarde lo definieron como Presidente.

La obra va mucho más allá del relato de las relaciones amorosas de Allende. Es muy reveladora respecto de las circunstancias de su vida, de su mundo familiar, de sus motivaciones políticas y, por cierto, de la época en que le tocó vivir. Puede decirse incluso que aporta más elementos sugerentes desde el punto de vista político que las biografías que se han concentrado explícitamente en ese ámbito.

Por ejemplo, hasta hoy no se habían entregado antecedentes tan elocuentes como los aportados por el libro sobre la magnitud de la presencia cubana en Chile en el período 70-73. Allende fue durante la mayor parte de su vida pública un hombre identificado con la institucionalidad democrática, un izquierdista moderado, cuya principal forma de acción política fueron las campañas electorales. No era un jacobino ni un doctrinario marxista. Sin embargo, en los años de la UP, actuó de manera contradictoria frente a quienes consideraban que su Gobierno era "insuficientemente revolucionario" y lo presionaban para que lo fuera mucho más. Su discurso del período 70-73 tiene abundante retórica de enfrentamiento, tributaria de una visión semejante a la del MIR y los comunistas cubanos. Es un aspecto que merece ser estudiado a fondo por razones de rigor histórico.

Hay una biografía pendiente que se deriva del libro: la de Beatriz Allende, la hija mayor que se casó con un miembro de la inteligencia cubana y se suicidó en La Habana. Es una historia dramática, pero que necesita ser contada para entender mejor lo que fue el Gobierno de la UP y, en particular, la influencia de Beatriz sobre su padre.

Las páginas dedicadas al 11 de septiembre son estremecedoras. Es el día en que Allende cruzó el umbral de la historia al actuar con un coraje que no puede sino inspirar respeto. En las horas del acoso militar a La Moneda, y sobre todo cuando se produjo el bombardeo, él mostró toda su estatura moral. El libro describe sus esfuerzos por salvar a sus hijas y a las mujeres que trabajaban en la sede de Gobierno. Es entonces que decidió entregar su propia vida como gesto de dignidad en medio de la indignidad.

Hay que felicitar a Eduardo Labarca por este trabajo que es un ejemplo de apego a la verdad.